



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Antonio de Valbuena.)



Una figura simpática,
terror de vates anémicos,
de quien aprenden gramática
los señores académicos.

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—Aconsejame, Sinésio, por Juan Pérez Zúñiga.—Tiple de fogón, por Eduardo de Palacio.—El impuesto progresivo, por Sinésio Delgado.—La muralla, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clara.—Petición, por E. Navarro González.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

Grabados: Instalaciones: Arturito de Valbaza.—Guerra y Marina (ocho viñetas).—Sáfico de circunstancias.—Reconvenciones, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Hay personas á quienes se les pega todo lo de los demás: los gestos, la manera de sonreír y hasta el modo de sonarse.

Tengo yo un pariente en Giuzo de Limia que habla en andaluz cerrado, y todo viene de unos amores que tuvo con la hijastra de un capitán de carabineros natural de Algeciras.

Dice la mamá de mi pariente, verbigracia:

—Alfonso, *súcate* del balcón, que está á caer mucho reliente.

Y contesta él.

—¿Que quié oyté, mare? Yo zoy azina.

La madre está entusiasmada con el chico, y cuando le oye hablar de aquella manera tan graciosa, á ella misma le parece mentira que le haya llevado en su vientre.

Muchas personas le preguntan:

—Pero ¿su hijo nació ya con ese cecéo?

—No, señor—responde la madre.—Es que á él se le pega todo, y como ha estado en amores más de dos meses con Paquita, la de carabineros, le cogió la manera de hablar.

En mi pueblo hay un comerciante, famoso por sus millones, que anda lo mismo que los patos, y todos sus dependientes le imitan su balanceo; de manera que entra unó en aquel escritorio y se cree en un corral lleno de patitos.

Conozco un sujeto que estuvo ocho días en Biarritz acompañando á un tío suyo, que no podía quedarse solo porque le daban vértigos, y cuando volvió á Madrid no sabía pronunciar las erres y decía *cajamba, jevolución, cajabina y Sjangüe*.

En el mismo Portugal hay español que llega al jueves por la mañana, y el viernes por la noche rompe á hablar en portugués, y lo primero que hace es comprar un bastón muy largo y acabado en punta, como si tuviese que subir al Mont Blanc.

—¿Por qué ha comprado usted ese bastón?—le preguntamos.

—Porque lo usan muchos portugueses. Á mí se me pegan al momento las costumbres del país donde habito—contestaba él.

Lo más frecuente es encontrar en el mundo esposas que se parecen á sus esposos como dos gotas de agua, y si no ahí está Filomena, la mujer más hermosa de Albuete, que se casó con el hombre más feo del distrito, y hoy parece que le han quitado la cara de soltera y que le han puesto otra ya usada.

El marido tiene la costumbre de mover la nariz cuando se enfurece, y á Filomena se le ha pegado el defecto, tanto que los niños, cuando la ven enfadada lo primero que le miran es la nariz y huyen desparoviridos diciéndose unos á otros:

—¡Corre, Filomena, que á mamá se le mueve la nariz!

Mujeres conozco que hablan en tono dogmático y emplean en el domicilio formas oratorias aun gará pedir á la doméstica las cosas más prosaicas.

—¿Quiéese usted traerme el barreño, Isidora? ¿Es posible que me vea constreñida á cogerlo yo con mi propia mano? Hoy no es día de hablar; hoy es día de sentir, porque en estos mismos lugares hace siete años que exhalé su último aliento mi buena sí que también anciana madre... Tráigame usted, pues, el barreño y

pasemos de soslayo sobre la falta que ha cometido usted y que me abstengo de calificar.

Cualquiera, al oír este lenguaje, creerá, seguramente, que la señora está tocada, como suele decirse; pues no, señor, lo que hay es que su esposo es individuo nato de varios centros políticos y literarios y tiene la costumbre de «orar» á toda hora y en todas ocasiones. Á la esposa se le ha pegado la elocuencia del consorte, y sin darse cuenta de ello le pronuncia discursos al aguador y al panadero y á la mujer del petróleo, dando lugar á que todos salgan diciendo:

—¡Pobre señora! ¡Tiene una guillardura que meta lástima!

.*

Pocas son las esposas de los músicos que no se contaminan. Yo tuve una á mi lado en Apolo la noche de un estreno, y mientras la orquesta ejecutaba la sinfonía no cesó de hacer gestos desdeñosos y decir á media voz:

—¡Jesús, qué música! ¡Jesús, qué violines segundos! ¡Jesús, qué trombones más desafinados!

Y sin poderse contener empuñaba el abanico y se ponía á llevar el compás, á guisa de batuta, diciendo de cuando en cuando:

—¡Brío, más brío! No arrastrar ese andante... Piano... más piano...

Tuve que pedirle por favor que guardara compostura, pues tres veces me tropezó en la cabeza con el abanico, y después supe que había tenido á mi lado á la esposa de un músico inédito, autor de dos óperas y cinco sonatas que Dios sabe cuándo sonarán.

Á esta señora se le había pegado la desesperación de su esposo y todo lo que oía le sonaba mal. Sólo cuando en su casa se caía la loza, ocasionándose un gran estrépito, exclamaba llena de júbilo:

—¡Delicioso, delicioso! Parece un acorde de mi marido.

.*

Ya está en el mundo de la verdad. ¡Pobrecillo! Pero había aquí un sujeto, casado con una tiple, que imitaba con toda fidelidad los ademanes, los respingos y las ridiculeces de su esposa.

Si ella se quejaba de jaqueca, él, llevándose las manos á las sienes, lanzaba un quejido; si se sentía afónica, él se apresuraba á enjuagarse con clorato, y una vez que ella dió á luz, en poco estuvo que él se metiera en la cama y llamara al comadrón para que le asistiera.

Al día siguiente decía con acento melancólico:

—Estamos muy disgustados buscando nodriza.

—¿Por qué?

—Porque no podemos criar.

Luis Calvad.

.*

ACONSEJÁME, SINÉSIO

Bajan las ganancias mías y no sé lo que me pasa.
¡Hay que hacer economías en el gasto de mi casa!
Pero ¡cómo, Dios eterno, si está todo alambicado! Voy á dejar el gobierno el día menos pensado.
(Por gobierno *entiéndase* el gobierno del hogar.)
¡Y el caso es que yo no sé de dónde economizar!
¿En la comida? No hay modo. Me doy tan humilde trato, que me alimento con todo lo que cuesta más barato. Mi vida desde hace un mes no puede ser más modesta.
¿Nuestra te he dicho cuál es mi comida? Pues es ésta: una sopa cristalina, un cocido deficiente y obleas de la oficina, que sientan divinamente. Por la mañana un pedazo de pan duro y media taza de chocolate hecho á brazo con harina de linaza. Mi cena es la de la oruga, variada como ella sola! Unas veces es... lechuga

y otras veces es... carola. Ahora bien, dime tú á mí si es posible quitar nada en una comida así, que está tan simplificada. ¿Que quite el tocino? ¡Pues! Yo le quitaría; pero ¡si hace dos meses ó tres que no lo ve mi puchero! ¡Es claro! á mí no me choca que el menor de mis chiquillos suela llevarse á la boca botones de calzoncillos, ni que comiera el mayor un día (yo no sé cuál) el rabo del cogerdor aderezado con sal. ¿Y en vestir? No hay dos iguales á mí, pues las prendas mías son ternos de ochenta reales (que duran ochenta días), camisas falsificadas, sombreros de tres pesetas y botas coleccionadas con restos de panderetas. Yo imitaría al que usa blusa y gorra; mas ¡qué porral ¡dónde voy yo de blusa, aun cuando vaya de gorra! ¿Otros gastos? No los tengo. ¿Diversiones? No hay de qué.

Ni fardo, ni me entretengo
como otros en el café,
y aun así me es necesario
gastar menos. ¿De qué modo?
No sé mi ingreso ordinario.

no me alcanza para toda,
y por lo tanto, deso
(pues no hay tiempo que perder)
que, sin mandarme á paseo,
me digas lo que he de hacer.

Juan Pérez Zúñiga.

Tiple de fogón

—Eso lo da la naturaleza.
—¿Qué voz «para ser doméstica»
—A pesar de la falta de cultura.
—Y que el fuego de las hornillas es muy malo para la voz.
—Eso no, hija; mi esposo no era cocinero por principios, pero sí por convicción; siempre estaba guisando por gusto, y á pesar de esto conservaba la voz de barítono accidental ó de afinación tan pura y tan *patosa*; como que cuando murió estaba empleado en una de esas subastas públicas, para que pregonara, por música, los objetos que salían á la venta.

No mentan ni abultaban las vecinas.
Damiana era una artista sin reconocerse.
Una tiple espontánea, aunque manchega.
Como guapa, era guapa, buena moza, y en perdiendo aquella corteza silvestre, llegaría á ser una «real moza», como dicen las gentes.
Estaba «para todo», según las condiciones del ajuste, por tres duros de salario al mes, en casa del señor de López y compañía, ó sea López y consorte.

Un matrimonio en el andante conyugal, según el esposo, joven que se sentía poeta por secciones y autor cómico-lírico por horas, como los coches de alquiler, aunque éstos no se sientan autores ni poetas, por exceso de modestia, comparados con los otros.

López era funcionario público, si bien humilde, cuando unió su suerte á la de su amante Casimira.

Pero ¿qué importa al ministro de cualquier ramo del saber humano que un escribiente laborioso y tierno marido de una joven agraciada y Casimira pueda ó no pueda atender á sus obligaciones domésticas?

Al mes de matrimonio fué trasladado López á la calle de su naturaleza; esto es, declarado cesante por una sola vez.

Los cónyuges empezaron á vivir de sus capitales, entre tanto que el desgraciado López encontraba ocupación para ganar honradamente el sustento.

La voz de Damiana endulzaba algunos ratos amargos del matrimonio «malogrado», por decirlo así, por causa de una cesantía inmerecida é inoportuna.

—¡Damiana! ¿Qué voz la de esa chica!—repetía López.—Es una tiple de una vez.

—Con palpitaciones.
—Mujer, eso son *tremolos*.

Damiana, á pesar de los elogios y de las excitaciones de cuantas personas la trataban, no se decidía á dejar el fogón por el escenario.

Arte por arte, prefería de corazón el de las tablas; pero veía más seguro el de la cocina, también honorífico.

—¿Quiere usted lanzarse—le había preguntado López.
—¿Adónde?—interrogó la muchacha, alarmada.

—Al proscenio—repitió López.
—Señorito, qué cosas dice usted!—replicó ruborizada.

Damiana no entendía lo del proscenio.
Había estado en el teatro para ver los *Cuadros disolventes* y otras obras clásicas, en funciones de tarde.

Al siguiente día cantaba «trozos de las partituras» que había oído.

¡Con qué fidelidad! ¡Con qué afinación! ¡Con qué gusto!
—Los autores—le dijo el señorito—podemos facilitar la carrera á los artistas; somos los dueños de los teatros.

—¿Usted es autor?—preguntó tímidamente Damiana.
—Tengo en ensayo la primera obra cómico-lírica. Es decir, la primera obra teatral; porque versos sueltos, letra para habaneras y baladas, ingeniosidades para la prensa, si bien gratuitas, bien recibidas, he publicado varias.

—¡Ya!
—Es lástima que usted no se decida.
—Empezaría de corista, ¿verdad, señorito?

—Eso es; y después ascendería usted á «partiquina»...
—¡Partiquina! ¡Ay! ¿y qué es eso? Yo soy una muchacha honrada y...

—¿Por qué no ha de ser usted honrada y partiquina? ¿Acaso el arte es incompatible con las virtudes?

Y tanto aconsejaron á Damiana, que al fin se resolvió á dejar el servicio doméstico por el servicio del arte cómico-lírico.

—¿Quién la protegió en su empresa? No lo sé.
Damiana, dos años después de abandonar la «carrera de la domesticidad», cantaba en uno de los teatros por raciones, en Madrid, el repertorio de los maestros y era, como dicen los franceses, una «estrella» en el arte.

Así es la suerte de las criaturas.
Aún no habían estrenado la obra de López, cuando Damiana—á la sazón Elena, para «sonar» mejor—figuraba como primera tiple, sin perjuicio de «chulear».

¡Pobre López!
Vivía en la miseria.
Cesante y sin *debutar* como genio teatral, pasaba ratos muy amargos.

Casimira no tenía voz y cosa para fuera.
Y gracias á que no tenían sucesión; porque, de lo contrario, ¿qué hubiera sido de todos?

Cuando López vió á Elena la reconoció.
Entró en el vestuario y se dirigió al cuarto de la tiple, en un entreacto.

Damiana le recibió cariñosísima.
Corrigió varias veces al «señorito», que la llamaba Damiana, siendo el de Elena su nombre artístico, y le ofreció protegerla.

—Nosotras, las artistas, lo podemos todo—dijo.
—Será usted mi salvación, Damiana.

—¡Dale!
—Digo, Elena; se me olvida.

¡Cuántas humillaciones sufre el hombre!
¡Verse protegido por su cocinera!

La obra se leyó, se repartió y empezaron los ensayos.
Elena se había encargado de la parte de la tiple.

López no salía del cuarto de Damiana; todas las noches llegaba el primero y salía el último.

La obra se representó y se cantó y se silbó como en una plaza de toros, mejorando... la plaza.

Un periódico publicaba en su número de la mañana siguiente un suelto terrible de la obra y de la tiple.

Decía de Damiana que era una tiple de fogón y que ni siquiera le pertenecía el nombre de Elena.

Para López, si no la capital, pedía, cuando menos, la pena inmediata.

—En lo de «tiple de fogón» dice bien el periódico—añadía el ingrato López.

Lo cual llegó á oídos de Damiana, pero no la privó de sus 65 pesetas de sueldo diariamente, aparte de un beneficio.

López consiguió que le volvieran á su oficina, con las 1.500 pesetas de sueldo anual, salvo el descuento.

Y decía el infeliz, desengañado del teatro:
—Yo solamente sé cuánta es mi satisfacción al verme otra vez colocado, para no volver á tomar la pluma en la mano.

Eduardo de Palacios.

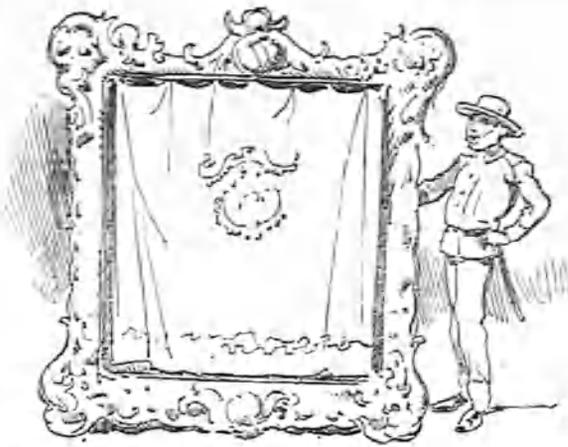
GUERRA Y MARINA



La provincia de Filar del Rio completamente pacificada.



Un león público de enganche en los Estados Unidos. Se dan veinte dólares y el grado de teniente general de los ejércitos libertadores.



Sábanas con adornos de brillantes, á cuarenta y dos duros una con otra; muestra de las que usan nuestros soldados en la Gran Antilla.



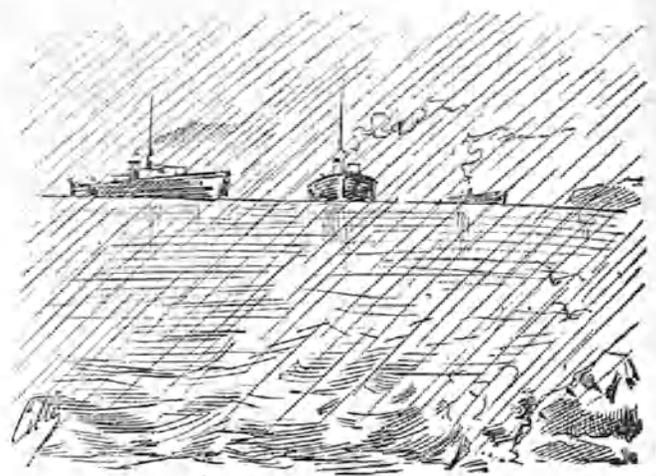
Manifestaciones de entusiasmo en la Habana en honor del general Weyler que, con solos doscientos mil hombres, ha conseguido deshacer en un año unas cuantas partidillas de harapientos.



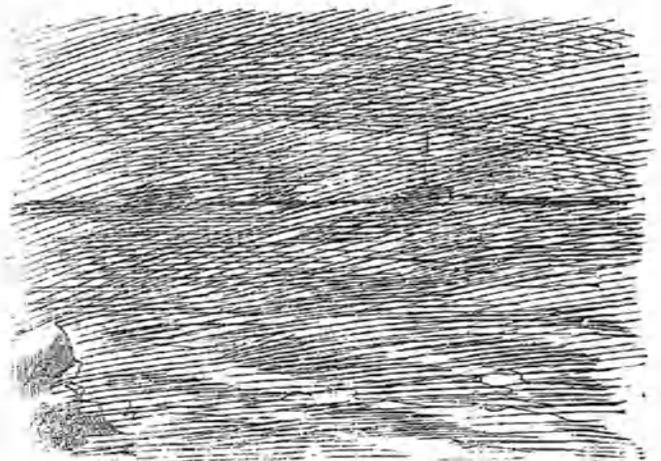
Ración diaria de un soldado en campaña, según autorizadísimos informes de las respetables personas que tienen obligación de saberlo.



Los leones de la puerta del Congreso se van con la música á otra parte, en vista de que por allí no pasa un alma.



Los invencibles cazatorpederos *Horror*, *Terror*, *Furor*, etc., etc., detenidos por las lluvias.



Idem, idem, idem, idem, detenidos por las nieblas.

EL IMPUESTO PROGRESIVO

Rosario es socialista sin saberlo. Casquivana, y alegre, y pizpireta, á nadie da su amor, pero con todos hace admirablemente la comedia.

Un estudiante pobre, guapo chico, que se muere por ella, lo que sisa en los libros y en la ropa se lo gasta en almuerzos y en meriendas.

Un modesto empleado de los de doce mil... sin manos piercas, pasa las de Cain para llevarla billetes para Apolo y la Zarzuela, y un señor respetable, contratista que fué de carreteras, corre con todo el gasto de la casa para verla no más de higos á brevas.

Por último, un banquero millonario es la causa secreta de que tenga Rosario á todas horas coche de dos caballos á la puerta y ricos aderezos de brillantes y collares de perlas, y tire, en sus ridículos caprichos, los billetes de Banco á manos llenas.

¡Y el cariño es el mismo para todos! Diversión y pamema que no obedecen más que á este principio: «Pagarás el placer... según la renta!»

Sinesio Delgado.

LA MURALLA

I
Detúvose un instante el pobre mozo, sintiendo el corazón lleno de lágrimas al marchar... ¡para siempre!... ¡quién sabía! del pueblo aquel donde pasó su infancia. Pensó en su madre y en su novia... y luego en todos los amigos que dejaba... Vióse ignorante, receloso... débil,

vencido de antemano en la batalla que iba a librar, y el miedo y la tristeza le pusieron un nudo en la garganta, y llorando, en señal de despedida, le dió un beso de amor á la muralla que oprimía en su cerco de granito sus afectos más puros y esperanzas.

II

Llegó á Madrid... y se aturdió al principio en medio de la inmensa marejada de un pueblo grande en que se mezclan todos los distintos afanes de una raza. La austeridad tranquila en que viviera la inocencia le dió de la ignorancia, y el nuevo cuadro que ante sí tenía tomó tonos para él de cosa extraña, mareante, febril, terrible á veces, que le produjo sensaciones varias: ya profundo dolor, ya inmenso asombro, asco, cansancio, admiración y lástima. Mas, cuando tiempo y voluntad lograron poner paz en su mente desquiciada, pasó al encogido lugarcillo que en un caso igual á muchos pasa. Perdió el miedo al abismo, y poco á poco justa curiosidad llenóle el alma, y ya viendo al mirar supo, al moverse, buscar lo llano y separar las zarzas. Seguro de sí mismo, ahondó en *aquello* que visto desde lejos le asustaba, y admiró la grandeza que latía del gigantesco monstruo en las entrañas. Hasta entonces vivió como un imbécil que no conoce el anhelar del alma y que enerva su mente en el regalo de una existencia comodona y plácida. Los que dejó, como él esclavos torpes de ideas piedra y de vetustas prácticas, para el mundo de ahora estaban muertos y por miedo á sufrir no disfrutaban. Su ideal era un ídolo caído con la honda huella que los siglos marcan, absurdos y rutinas sus costumbres, hielo su corazón, su mente, nada. Era preciso, sí, que el mundo nuevo á ellos, por él, para su bien llegara, que tomase color su sangre anémica y ocupasen su puesto en la batalla, bajo la noble enseña del progreso que á paso de gigante adelantaba.

III

— ¡Se ha perdido! — ¡Está loco! — ¡Es un ateo!
¡El mundo á que marchó todo lo enfanga!
— ¡Huya de aquí al instante!... ¡Es un peligro!
¡Las ideas que esparce son muy malas!
Así la gente que escuchó á aquel hombre,
llena de horrible agitación, gritaba.
Buscó á su madre y á su novia... En vano
dió acentos de verdad á sus palabras;
también por loco le tuvieron... ¡Sólo
logró inspirarles el muchacho lástima!
Cedió en la lucha, y al salir del pueblo,
que respiró á su gusto al ver su marcha,
quiso llorar, pero le fué imposible,
y apretando los puños con gran rabia:
— ¡Nacisteis para esclavos!... — dijo — ¡Idiotas!
Y escupió con desdén á la muralla.

Luis de Ansorena.

De circunstancias.



La media negra, la enagua blanca,
y el pie pequeño... cómo se lucen
cuando hay charquitos, y cuando sopla
dulce Favonio!

PALIQUE

Amigo R.: Dice usted que Gedeón busca polémica con el fin de que se hable de él y aumentar la venta.

Aunque así fuera, por mí que no quede. Más vale que los estudiantes y demás lectores ordinarios de semanarios festivos lean periódicos satíricos, como Gedeón, que no que se armonicen contemplando los monos de revistas cursis y anodinas, de textoroso, vulgarísimo, insignificante.

Gedeón merece vivir; y por eso yo procuro, en la medida de mis fuerzas, darle buenos consejos, que él aprovecha unas veces, y otras no.

Cuando le dije que se podía ser relativamente constante, y que este adjetivo no tenía nada que ver con el verbo constar, Gedeón admitió como buena la advertencia, pues no replicó palabra.

Pero no hace bien en tachar otra vez de mal escritor al Sr. Posada sin citar de éste cosa alguna mal escrita, y habiendo reconocido implícitamente que el único defecto que á Posada atribuya... no era tal defecto.

Ahora me caza á mí este lapsus; Clarín cree que todos somos hermanos, Maceo inclusive.

Y ya le contesto en otra parte (en *La Seta*, de Barcelona, donde, desde ahora en adelante, le ofrezco un palique semanal, para lo que guste mandar), que si el considerar como hermanos á todos los hombres es disparate... ese gazapo es de Nuestro Señor Jesucristo.

También me censura Gedeón porque en una misma cláusula y con algunas palabras por medio, uso las voces mejillas y rodillas.

Pronto vamos á ver que estos son escrúpulos del Padre Gargajo. Si yo corrigiera las pruebas de mis artículos, tal vez me hubiera detenido á rectificar esa pequeñísima imperfección, para evitar la cacofonía; ó tal vez no, prefiriendo conservar, sin retoques, la frase, con toda su naturalidad. Tenía que hablar de rodillas y de mejillas, y todo lo que no fuera llamar las cosas por su nombre era un rodeo. Los griegos encontraban una gracia eufónica en estas consonancias, que hubieran sido difíciles de evitar en aquella lengua; y si nosotros sentimos de otra manera, no es exagerando hasta el punto que Gedeón quiere.

Ahora acaban de matar al cabecilla Calzadilla. ¿Cómo se las arregla Gedeón para dar la noticia sin ese tormento de oídos de que se queja cuando Clarín habla de rodillas y mejillas?

Pero dice más Gedeón: ¿Cómo podrá un niño meterse á su padre entre las rodillas?

Por de pronto escriba usted bien. Eso se dice así: «metérsele entre las rodillas». Falta un le.

Si yo digo que le metió en casa Juan á Pedro, ya se entiende, y está correctamente dicho, que es Juan quien se metió en casa de Pedro. Si quisiera decir que Juan metió á Pedro en su casa, en la de Juan, diría le metió en casa, suprimiendo el se, innecesario; y si quería conservar el se, diría se lo, lo acusativo, en vez de lo, anfibológico, pues puede ser dativo ó acusativo. Usando el se y el le, que el sentido dice claramente que es dativo, sólo se puede entender que el niño se metió entre las rodillas de su padre.

Eso, aparte de que los padres también se pueden meter entre las rodillas de los hijos, aunque no sea lo corriente, ni lo que yo he querido decir, ni dicho.

* *

Y ahora, y antes de llegar á lo que hace el Padre Gargajo, al de los escrupulos... defendamos á D.^a Emilia Pardo Bazán, á quien *Gedeón* ataca injustamente, por ésta vez.

Quiere *Gedeón* que D.^a Emilia rectifique la especie vertida por ella de que Manila está en Oceanía.

Las islas Filipinas, según *Gedeón*, pertenecen á Oceanía en las geografías que se escriben para los niños, pero pertenecen al Asia en las geografías que deben leer las personas mayores.

¡Fameca distinción!

Ahora me explico yo que *Gedeón* esté á meter con nuestros más ilustres pedagogos.

¡Qué ha de hacer un maestro... que cree que la verdad para los niños es una, y para las personas mayores otra!

¿De veras cree que en los libros para niños Filipinas pertenece á Oceanía, y en los libros para adultos pertenece á Asia?

Pues yo le voy á probar que no hay tal cosa.

Los ilustres geógrafos Vidal de la Blache y Camena d'Almeida, tienen un libro, para la segunda enseñanza (para niños), que se titula *Asia, Oceanía, África*, y en ese libro para niños las islas Filipinas son de Asia, no de Oceanía. Y en cambio, el Diccionario de la Academia, que está escrito para adultos, sin duda, opina que «Malasia ó Malaisia es la *Oceanía Occidental*».

Y esta Malasia ó Malaisia, según la Academia, y Malasia, según otros, comprende las *Islas Filipinas*; y esto no lo niega nadie; ni *Gedeón*, supongo.

El mismo geógrafo para niños, Sr. Paluzie, que atribuye á Oceanía las Islas Filipinas, declara que forman parte del *Archipiélago asiático*.

De modo, señor *Gedeón*, que no es asunto de niños y adultos, sino diferencia de clasificaciones geográficas.

Madagascar pertenece á África, sin duda alguna, y, sin embargo, los más recientes estudios de geólogos, geógrafos y naturalistas nos hacen ver que por la fauna, la flora y otros muchos aspectos, Madagascar se parece mucho más á la India que al África.

Mas no por esto se dirá que Madagascar es de Asia para los sabios y de África para los ignorantes.

Así, pues, D.^a Emilia diciendo lo que dice el Diccionario y geografías muy acreditadas, no ha cometido un lapsus. Aunque la tendencia hoy sea á rectificar la clasificación que ella sigue.

Créame *Gedeón*, hasta en el ojo hay que comprimir... y que distinguir.

Yo, por ejemplo, no creo que *Gedeón* sea un mozo de chispa para los niños y un pedantuelo para las personas mayores.

Creo que *Gedeón* consta de varias personas y un solo periódico verdadero. Una de esas personas, v. gr., tiene gr. y la otra no tiene más que v. Es decir, que en *Gedeón* hay algún mozo listo, sin pretensiones, y algún raté á quien se le han indigestado algunas lecturas desordenadas y sin la masticación suficiente.

Y el *Gedeón* sigue llamándose «el amigo *Clarín*», que es como decirme «siéntese el buen Aguilera», me voy á enfadar, y á decir lo que es de Asia y lo que es de Oceanía en *Gedeón*, á llamar á Fulano Fulano y á Mengano Mengano. Y después de deslindado el terreno, como diría Arimón, en menos de cuatro ó cinco paliques, convierto en un *Rana ó San Rafael* más al pedante que está echando á perder á *Gedeón*.

Y saco trapos á relucir. Y cito cartas de recomendación que tengo en mi poder firmadas por algún ilustre amigo mío... y de *Gedeón*.

En fin, cepos quedos, ó ya veremos quién sale perdiendo.

Lo que yo no quiero es que paguen justos por pecadores.

A tiempo se lo digo á quien busca el ruido, para darse á conocer.

Al que vale algo, y se puede valer algo aun siendo pedante, esta clase de notoriedad que resulta de los dimes y diretes no debe satisfacerle.

Recordemos la filosofía del soneto famoso

y en cuatro lenguas no nos digas co-
que supuesto que dices boberí,
te vendrán á entender cuatro nacio-.

Más vale tardar en ser conocido, que ser conocido pronto... y de mala manera.

* *

Y ahora vamos á lo que *Gedeón* hace en calidad de P. Gargajo.

En su número 61, en el mismo en que nos coge tan gurrufales lapsus á D.^a Emilia y á mí (sin contar con otros que no le coge al Sr. Cosío), *Gedeón* comete los delitos gramaticales siguientes, entre otros:

Entresaca algunas cláusulas mías y las llama «párrafos». ¿No sabe *Gedeón* lo que es párrafo?

* *

Con miedo pueril y cursi, de maestro incompleto, *Gedeón*, para que no le cojan una anfibología, que no existe, escribe: «... la siguiente carta, que entrego á la publicidad como recibida por mano pública, y que á la letra (la carta, no la mano) dice así».

Tiene gracia esa «la carta, no la mano», ¡sí la mano, alma de Dios, no podía ser! ¿No ve usted que la copulativa y basta y sobra para que se vea que es la carta?

Más le valía á *Gedeón* dar explicaciones cuando dice «de nombrar ó definir», en vez de decir «de definir». Porque resulta que definir parece sinónimo de nombrar.

«Calabozo es el mio en que... habrán... desfallecido sus ajetreños dos cuerpos los golfos».

¿Que los golfos *desfallecen*... sus cuerpos? Imposible. Aun usando el verbo desfallecer como activo, ahí no cabe esa acepción. Desfallece el cuerpo (no los cuerpos, tampoco) de los golfos; pero no los desfallecen los golfos. Como cuando á mí me duelen las muñecas no me las *duelen* yo. Aunque puedo *dolorme* de que me duelen. ¿Entendido? Afortunadamente *Gedeón* es listo, y lo cala todo.

Adelante.

Habla *Gedeón* de un calabozo que «disfruta de vistas á un patio». Que es como si yo hablase de un peral que goza de excelentes peras.

Que hay quien emplea esa misma expresión en ese sentido, ya lo sé. Pero es que hablan mal los que tal hacen.

«En este patio hay otros siete calabozos.»

No puede ser; el patio es lugar descubierto, y los calabozos no; aunque supongamos dentro del recinto del patio construcciones para calabozos... los calabozos no están en el patio, porque patio solamente lo será la parte que quede descubierta.

«Estamos en la alta capital de un país culto.»

No me las tires tan altas.

«Ratas colosales.»

No puede ser; las ratas grandes son tan naturales como las pequeñas; y es colosal lo que excede del tamaño que por naturaleza pueden alcanzar las cosas.

«Moraban de asiento.»

Claro. Como que morar, por definición, es eso: habitar ó residir de asiento.

Y hasta por hoy.

Vuelva *Gedeón* por rodillas y mejillas.

Y saldrá trasquilado.

* *

Por último: afirma *Gedeón* que él es amigo de la verdad. No es cierto.

Dice usted que yo soy el único paladín de cierta obra mía, que han defendido en folletos y en multitud de periódicos, críticos de Cataluña, Andalucía, Valencia, Asturias, León, Vizcaya, Madrid etcétera, etc.

Lo que le pasa al que escribe esas cosas es que todavía está pasando cierto sarampión de suficiencia, que suele ser muy peligroso. Y créame á mí... á tiempo.

Clarín.

* *

PETICIÓN

Un alcalde popular que ha pasado un año malo, y ha llevado mucho palo sin poderlo remediar, se presenta diligente y al Año Nuevo visita, refiriéndole su cuita de la manera siguiente:

—Vengo aquí á exponer mis quejas, y nunca me quejo en balde.

—¿Usted quién es?—Un alcalde.

—Hable usted. Soy todo orejas.

—Hoy estos cargos son potros de tortura. Y ¡cosa extraña!

Es lo mismo en toda España.

¡La han tomado con nosotros!

Nos tratan que es un horror, sin piedad, á sangre y fuego.

es lo mismo que en el juego, se dan rachas, sí, señor.

Y aunque mi mejilla escalde el rubor...—Pero ¿á mí qué?..

—Quiero referirle á usted las desdichas de un alcalde.

Y á ver si el año que empieza gritando «moralidad», logra que la autoridad, no ande siempre de cabeza.

Porque tiene tres bemoles que haya tacto de coños para fastidiar á todos los alcaldes españoles.

No hay reposo, no hay sosiego; la muchedumbre se cuele, y sin brújula y sin vela va dando palos de ciego.

El hombre no es ningún santo, peca tres veces al día y hace alguna tontería, pero ¡hombre, no es para tanto!

En conjuras infernales estamos todos tidados, y hay alcaldes acusados por los mismos concejales.

¡Que un concejal nos dé un palot!

¡No cabe mayor desastre!

—¡Hombre, qué tal será el sastré que conoce el paño!—¡Malot!

Si dara esta excitación, yo el año que viene emigro.

¡Créame usted, es un peligro empuñar este bastón!

—Bueno. ¿Y qué remedio habría para que ustedes dominen la situación?—Que no afinen los pueblos la puntería.

—Eso es imposible. ¡Quién contra el pueblo se declara!

¡No!—Pues tome usted la vara, y que usted lo pase bien.

Y el Año Nuevo, asombrado, quedó sólo y macilento, diciendo:—El ayuntamiento debe estar muy embrolado.

—El ayuntamiento debe estar muy embrolado.

E. Navarro González

Reconvenciones.



—¡Ah! ¡canalla! ¿Conque eras tú el que hacía el amor á mi hija? ¡Y después de lo que hubo entre nosotros pretenderías casarte con ella!

—¡Eso sí que no! ¡Soy yo incapaz de semejante felonía! Y además... ¡hace veinte años que estoy casado con otra!

CHISMES Y CUENTOS.

Llueve incesantemente, á cántaros, con una monotonía desesperante, un día, diez, veinte... ¡muchas semanas! La tierra se empapa, las semillas germinan tan guapamente sin heladas, ni nieve, ni tropiezos de ninguna clase... pero todavía no habrán ustedes oído una voz de los agricultores, almacenistas y panaderos diciendo que están muy agradecidos á la Providencia, que duplicarán *motu proprio* la contribución que pagan al Estado y que... se ha bajado el precio del pan. ¡Ay, eso no!

En cambio, si á estas fechas no hubiera caído una gota ó hubiera llovido poco, no se oirían por todas partes más que lamentaciones y quejas de los pobrecitos labradores abandonados, ni se hablaría de otra cosa que de rogativas á los santos milagrosos, y de la crisis agrícola, y del hambre de los obreros, y se pedirían socorros al Gobierno, y condonación de tributos y... se subiría el pan por primera providencia.

Eso pasó el año pasado. Y subido sigue.

Y seguirá aunque rebose de trigo las paneras.

La guerra de Cuba ha perdido su interés.

Todo el mundo la ve ya concluida de muy mala manera, concediendo á los insurrectos lo que pedían al levantarse en armas, y... pagando la paz á peso de oro.

El general en jefe sigue su carrera triunfal recibiendo ovaciones en la Habana, como premio á sus victorias en Pinar del Rio, cuya provincia puede recorrer impunemente cualquier cristiano, según los partes oficiales. Máximo Gómez anda desalentado y enfermo, pasando y repasando la inquebrantable trocha siempre que se le ocurre, y se acabará la seca, y ni se morirá padre ni cenaremos.

Entre tanto, el bueno de Reparaz sigue en la cárcel, y al simpático señor de Sanguily le indultarán el día menos pensado y volverá á recibirle con los brazos abiertos la buena sociedad madrileña.

Y los muertos, que han sido bastantes, que descansan en paz en aquella tierra fértil cuyos productos se chuparán tranquilamente los Estados Unidos, dejándonos á nosotros, por un exceso de amistad, el encargo de la difícil misión de pagar la deuda.

Por de pronto, y como prueba del regocijo que nos embarga por la feliz marcha de los acontecimientos, ya ha empezado el Gobierno á repartir títulos y condecoraciones entre los cubanos, rasgo que en la Habana se ha recibido con verdadero júbilo.

Lo cual no tiene nada de particular, porque en la Habana se jubilean dos veces al día y con cualquier motivo, pero especialmente cuando las cosas van mal para la metrópoli. Y si no, que lo diga el general Martínez Campos.

Donde no ha lugar á deliberar es en Filipinas.

Allí se borda en cañamazo de manera diferente. Se castiga á las partidas duramente, se fusila á los gordos y se hacen las cosas como Dios manda y la patria exige. Por cierto que allí no sale ningún embajador especial con la copia de que no puede tolerar semejantes atrocidades, y que hace tal reclamación, y que exige tales y cuáles satisfacciones...

Al contrario, todo el mundo se apresura á felicitarnos por la campaña y á expresarnos su antipatía á los rebeldes.

Y es que cuando se pega de verdad no hay Lees, ni Money, ni Sanguily, ni senadores atrevidos.

No hay más que gente que se achica.

No creo que haya pasado en el mundo nada más chusco que lo de la sentencia del marqués de Cabriñana.

El hombre denuncia unos cuantos abusos; en la prueba se demuestra que no iba descaminado del todo; los concejales *salen* absueltos, algunos se sientan en el Congreso tan ricamente, y la justicia echa mano al abanico.

Donde le consolará el recuerdo de aquella manifestación *imponente*, de aquella suscripción popular y de aquellos vítores entusiastas.

De modo que, de hoy en adelante, el que crea descubrir algún chanchullo ya sabe lo que tiene que hacer.

Callarse, ó contárselo en secreto á la criada.

El que ha estado oportuno en sus declaraciones ha sido el ínclito señor Sagasta.

Dice el jefe del partido liberal que en una guerra que cuesta diariamente doce millones de reales y la vida de cien hombres, lo que se puede hacer es... desear la paz.

Pero desearía sentados, sin apresuramiento ni impaciencia.
 Más claro: que lo mejor que se puede hacer es sentarse, hasta ver si se acaban los hombres y los millones... ¡Y entonces es seguro que vendrá la paz! La benéfica paz que disfrutarán á sus anchas las viudas y los mendigos!

Libros

De la corte al cortijo, zarzuela cómica en un acto y en prosa, original de D. Gonzalo Cantó y D. Manuel Amor Melán música del maestro Santonja, estrenada recientemente con gran éxito en el Teatro Romea.

Con harta justicia podemos aplicar á los *Almanques americanos* de los Sres. Bailly-Bailliére é Hijos esa tan célebre frase *mitel spore kojuelat*, porque sin dejar de ser amenos por la rica y original colección de charlas, cantares, cuentos y epigramas que en sus hojas se encuentran, reúnen la condición de ser instructivos y útiles, y por ende elegantes y económicos.

Debido á las múltiples notas y reglas que contienen, bien podemos decir que son calendarios del jardinero, de la cocinera, del cazador y de las familias. En cuanto á elegancia, son seguramente la última palabra, pues sus cromos son de lo mejor que han producido las principales cromolitografías de Europa.

También llamamos la atención de nuestros lectores acerca de los *Almanques infantil y Colibrí*, pues son unos verdaderos caprichos que no deben faltar ni en los gabinetes más modestos.

Higiene popular dental, folleto que demuestra los conocimientos que de su arte posee el popular dentista D. Tirso Pérez.

Tierra y cielo, interesantísima colección de poesías de distintos géneros, originales del distinguido literato D. Pedro Barrantes. Un elegante tomo de más de doscientas páginas. Precio, 3 pesetas.

Memoria histórica del hospital de dementes de Santa Isabel, de Leganés, por D. Eduardo Viota y Soliva, su administrador depositario.

La niña Araceli, novela interesante y muy bien escrita por D. J. López Valdemoro. Forma el tomo 48 de la *Colección diamante* que publica en Barcelona la casa editorial de López. Cuesta, como los demás, 50 céntimos.

Principios de gramática castellana, expuestos con gran concisión y claridad, por D. José A. Rodríguez García, profesor de la Escuela provincial de Artes y Oficios de la Habana. Hemos recibido un ejemplar de la obra y otro del programa correspondiente.

Pompas y honores, capricho literario, por *El diablo cojuelo*. Así se titula una pequeña pero lindísima colección de poesías festivas, no exentas de fina y delicada sátira, que demuestran en el autor claro ingenio y no escaso gusto. Precio, una peseta.

Guía del Banco de España para 1897, por D. Manuel García Barzanallana. Libro de gran utilidad para los empleados y cuantas personas tengan relación con nuestro primer establecimiento de crédito.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. C.—Lo malo es que aquí no se hace política y administración, al menos de ese modo. De manera que la humorada encajaría perfectamente en un semanario de otra índole.

Calamar.—Tampoco están mal, pero... para otra publicación cualquiera. La primera y la última son serias; la segunda es vulgarísima é inocente.

Un espárrago.—Estilo López Silva... pero un poquito bastardeado, desgraciadamente.

Gedón.—Hay versos cojos, hay asonancias, y... ¡son tan tristes las circunstancias!

Sres. D. F. M., Zamora.—D. J. G. A., Alcaracejos.—D. S. C., Calatayud.—D. A. H., Villanueva de la Jara.—D. V. P., Alameda de la Sagra.—D. J. R., Segovia.—¡Un millón de gracias, señores!

Sr. D. R. A. P.—En la primera no indica usted las señas de su casa y en la segunda no dice el número que desea ni la población en que reside.

Espero la tercera con todos estos datos. Y usted dispense la tardanza en servirle, que no es por culpa mía. ¡Y gracias también!

Sr. D. F. A.—No, artículos, no. ¡Este año tampoco!

Pilatilla.—Cándidas como tórtolas. ¡Qué se le ha de hacer!

Sr. D. A. T.—Los botones de muestra indican que llegará usted á hacer algo bueno en el género.

Sr. D. R. M.—No está mal, pero el humorismo que campea en ella es un poquito trasnochado.

Sr. D. B. A.—Fué un lapsus que ya está deshecho á estas horas.

Sr. D. J. F.—Continúa el mismo defecto de origen. Y es lástima, porque la versificación no los tiene importantes.

Kuky.—Vulgares entrambas.

Gedón.—Todo eso está muy bien, pero no he visto los versos á que alude.

El guisano.—El cuento viejo y la versificación un poquito incorrecta... ¡ayúdeme usted á sentir!

Sr. D. M. M. R.—Ninguno de los dos tiene nada de particular, desgraciadamente.

Un maño de Aragón.—Á los epigramas como á los colegiales, les perjudica el candor excesivo.

Sr. D. L. S.—Tampoco puedo aprovechar ninguna de las cuatro.

Calamar.—Tiene cada uno una cosa mala. Y es que se ha dicho varias veces la misma cosa. Lo de los malos hábitos, lo del corazón de oro que es lástima que no sea empuñable, lo del conclave en las costillas, etc., etc.

Lohengrin.—Para guajira, pase; para composición festiva, ¡ay, no!

Cuál!—¡Cristo! ¡Qué fuerte es eso!

Yo.—Soria.—Acepto, desde luego, puesto que efectivamente necesito en cada población una persona que me ilustre y guíe. En el itinerario no, porque todo está de antemano calculado y medido.

Fray Cualquiera.—Tienen poco saliente; ¡no le parece á usted?

Piramo.—¡Hombre! ¡Pues lo último que podía pasarle al Sr. Reparal!

¡Que le dedicaran orlillos á estas alturas!

Un principiante.—El chiste lo es efectivamente. Pero la explicación está algo confusa.

G. C. G.—Voy á publicarla:

«Yo no te quisiera amar,
 como tú no vi mujer
 ni me quieres olvidar
 ni me dejas de querer.»

Muchísimas veces se ha dicho eso mismo. Pero con que se diga una más... no se pierde nada.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
 Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
 TAPIOGA-TÉS.
 50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

MADRID CÓMICO
 PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
 Precios de suscripción.
 MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.
 PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.
 EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.
 En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.
 Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
 Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.
 Precios de venta.
 Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.
 Á corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.
 Un suplemento, 10 céntimos.
 Á los corresponsales, 6 céntimos.
 Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.
 Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
 Toda la correspondencia al Administrador.
 Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.
 Teléfono núm. 2.180.
 Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.
 MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 26 á sup.ª